

DISCURSO DE ANDRES ELOY BLANCO

EN EL HOMENAJE A LEONARDO RUIZ PINEDA. EN MEXICO.

EL 25 de OCTUBRE DE 1952

Vengo a hablar en forma breve y clara, como testigo de un sumario que está abierto ante la conciencia de la América limpia, de la América intacta, de la América incorrupta de José Martí. Martí! Así comienza a decirse la palabra martirio. Y fue él quien lo dijo: "el martirio se ha hecho para merecerlo". La misma Iglesia respalda esa sentencia. Es igual en los campos del credo y en los campos mundanos. No todos los atormentados, no todos los cautivos, no todos los desterrados, no todos los asesinados merecen el sublime adjetivo. La suprema categoría de mártires, se confiere tan sólo, allí, en la Iglesia, a los sacrificados en la fe que combate para Dios y sus hijos; y aquí, en el mundo temporal, a los que caen como interpretes de un ideal de pueblo, de un ideal de ciencia, del ideal, en suma, de la justicia humana.

Vengo, como testigo del sumario. Y digo que el asesinato de Leonardo fue premeditado. Ha sido un sacrificio cumplido por sibaritas del asesinato. Meses y meses, entre largos aperitivos, relamiéndose frente a la presa que trataba de ocultarse aquí y allá, bajo los ojos del glotón sanguinario. El 23 de octubre del año pasado, los hombres de la llamada Seguridad Nacional atacaron a balazos a Leonardo. Fue público y notorio y recogido en múltiples publicaciones y denunciado por Rómulo Betancourt, Presidente de mi organización política al través de la Cadena Azul de Radio de La Habana, hace meses y por otros compañeros y por mí mismo, en diversas ocasiones, que Marcos Pérez Jiménez había dado terminantes ordenes a esa misma llamada Seguridad Nacional de apresar, no vivo, sino muerto, a Ruiz Pineda, a Carnevali, a Quijada, a Vargas y a tantos otros. O como dijo Betancourt, con lívido e indignado sarcasmo: Marcos Pérez Jiménez había ordenado arrestar el cadáver de Leonardo.

Después, con motivo de la tragedia ocurrida el Miércoles Santo en el Templo de Santa Teresa, al acusar a Ruiz Pineda de ser autor intelectual del hecho, los asesinos preparaban, con la excusa del terrorismo, la impunidad del crimen. Y fue en esa ocasión cuando Don Víctor Ruiz, padre del mártir, hombre, como su hijo, de espíritu cristiano, manifestó su angustia ante la canallésca acusación. Y el noble compañero caído, sabedor de las inquietudes que padecían su padre, familiares y amigos allegados, le dirigió a Don Víctor una carta que he leído ante el público reunido hace noches aquí, en el auditorio de la Biblioteca Cervantes. Una carta que es el denuncia de la negra confabulación.

Ya consumado el crimen, consumida la presa, no se sació la fiera. No bastaba el banquete de Guasina y de las cárceles; no bastaba el cadáver del bravo Cástor Nieves; no bastaba la sangre de Leonardo. Y vino el sacrificio de González; y vino la prisión de la esposa del mártir. Y vendrán todavía los que sigan cayendo sin soltar de las manos el ideal en marcha. Pero es torpe el verdugo; no comprende que los que van cayendo son solamente intérpretes; que el Capitán es otro, el de pies y cabeza innumerables, el pueblo que es la fuente y el fin de la Justicia, que los que él asesina los resucita el pueblo, que los que él hace caer aquí, los hombres, las mujeres y los niños los alzan más allá y en la forja de apóstoles y mártires, el pueblo los levanta de la sangre y la tierra y los eleva al bronce de la estatua y los lleva en sus hombros a la solemne paz de los panteones, y los pone en los labios de la patria que nace, en el aire sin mancha de la escuela, y los arrulla en la canción de cuna para dormir al niño que llevará sus nombres. Mientras él, el verdugo sólo tendrá en la historia el papel secundario y sombrío de acompañar al mártir como el villano al héroe, como el hueso de sombra en que la luz se hizo, como el judío amargo, cualquiera y necesario que le gritó a Pilatos: "Perdona a Barrabás y mata a Cristo". Torpe y bruto el verdugo, que a cambio de un mendrugo de poder que no podrá durar más que su vida,

ganó el triste renombre del que esgrimió el flagelo, del que tiró la piedra, del que trenzó el espino, del que busco la cruz, del que enterró los clavos, del que sirvió la hiel, del que clavó el lanzazo, para que así quedara, redonda y sin defectos, la fábrica del mártir, la estatua del Maestro.

Nos dicen los periódicos de México y de América que el duelo por la muerte de Leonardo no es solo de nosotros. Y así es. Sí. No puede concebirse la idea de la independencia continental como una serie de insurgencias desarticuladas; asimismo, la idea de la emancipación definitiva del espíritu americano, la idea de América misma, en una palabra, no puede concebirse al detal sino como una entidad ética de único e indivisible contenido. América, mas que un continente geográfico tiene que ser un estilo de convivencia humana fundado en la comunidad de sus glorias, en el paralelismo de su destino, en la altura de sus principios morales y políticos, en la pureza de su conducta y en la diaphanidad de su justicia. Por eso, cuando cae asesinado Belisario Domínguez, cuando cae victimado Leonardo Ruiz Pineda, Huerta y Pérez Jiménez son un solo asesino, la sangre derramada es sangre venezolana de México o sangre mexicana de Venezuela, la herida cruza el alma de la idea, el llanto tiene sal de dos océanos, el ay es carne y verbo del continente herido.

"Están buscando un pretexto para asesinarme.... Los asesinos no saben que dan bandera al pueblo, los barbaros no piensan que dan pedestal a la cultura", dice Leonardo en la carta a su padre. Y allí está el asesinato. Y allí está la bandera y allí está el pedestal. Y allí está el pueblo, con el cuerpo de Leonardo en la urna de los muertos y el nombre de Leonardo en la urna de los inmortales. Y con la justicia de Leonardo en la urna de su voluntad, irá a ganar las elecciones; y el verdugo las asesinará también. Él abrirá las urnas y sacará los votos y los ira estrujando y los ira rompiendo, para ahogar los latidos del corazón del pueblo.

Pero es torpe el verdugo. "Tenga usted la seguridad -dice Leonardo al padre- de que estaré siempre en mi puesto." Armando Zuloaga Blanco dijo en carta a su madre palabras semejantes. Y ambos cayeron en su puesto. Leonardo vivo era un soldado invisible. Leonardo muerto es un soldado invencible. Ahí, en el puente de Cumana cayó Armando, para levantarse victorioso. Los hijos de los que dispararon contra él lo nombran con respeto. Y ahora lo mas triste ha de ser para el verdugo de Leonardo, pensar en el momento, que ha de llegar un día, en el que un hijo suyo, con rubor o sin él, bajando o alzando la cabeza, descubierta, pronuncie con amor venezolano el nombre de Leonardo asesinado.

Allí está nuestro mártir, en una calle de San Agustín, en su sangre medida la frente luminosa. Los esbirros le miran, los verdugos le guardan, y entre ellos, tendido, Leonardo, puro, como el sueño de un niño en un prostíbulo. Y mi voz entrañable, devuelta a mi poema y a la hora de Armando, tre-mola su pregunta sin respuesta:

- Coronel que lo asesinaste, ¿ cómo harás para asesinarlo en el corazón de tus hijos?

ANDRES ELOY BLANCO

México, 1952.